

porcionalmente postergado respecto de los otros dos, pero ingrediente igualmente esencial de esa asombrosa síntesis histórica que conforma la circunstancia leibniziana. Pensar que el Leibniz que se trabaje en nuestro país el siglo que viene pueda estar flanqueado por un Suárez y un Ortega es un hermoso tributo al pensamiento español. Ni que decir tiene que la responsabilidad de esta sugerencia no puede imputarse de ningún modo al profesor Salas, es cosa nuestra. Pero si nos ha parecido oportuno traerla aquí a colación es para justificar hasta qué punto no exageramos al concluir afirmando que esta obra de Jaime de Salas nos parece una de las aportaciones más importantes, atinadas y sugestivas de los últimos años en los terrenos de la exégesis leibniziana, de la exégesis orteguiana, del estudio de la modernidad, de la filosofía política y, en fin, de la filosofía española. Una obra, en suma, excelente y digna de celebrarse.

Ignacio QUINTANILLA NAVARRO

LEÓN TELLO, F.J., y SANZ, M.V.; *Estética y teoría de la arquitectura en los tratados españoles del siglo XVIII*. C.S.I.C. Madrid, 1984.

Sólo llegamos a habitar edificando. Con esta idea inicia Martin Heidegger su conferencia «Edificar, habitar, pensar» leída en Darmstadt, en 1951, en un congreso de arquitectos. En ese mismo congreso Ortega presentaba su trabajo «El mito del hombre allende la técnica». Dos años después el propio Ortega reseñaría la confrontación entre estos dos trabajos. Son estas sus últimas palabras: «El Hombre ha aspirado siempre a «Wohnen» (habitar) pero no lo ha conseguido nunca del todo. Sin habitar no llega a ser. Por esta causa se esfuerza en ello y produce edificios, caminos, puentes y utensilios». Tras dos comprensiones distintas de la actividad constructora del hombre hay en juego dos aproximaciones al ser. El vínculo entre arquitectura y filosofía no necesita ser fundamentado ni defendido. La figura y la actividad del arquitecto ha desempeñado siempre un papel paradigmático en el ámbito de la actividad intelectual. Edificar es habérselas muy en serio con la condición del hombre entre las cosas y, por ende, con el ser del hombre y de las cosas. Cuando Aristóteles nos habla del talante científico de la metafísica acude al arquitecto como paradigma de quien conoce el «porqué» de lo que se trae entre manos. Lo más positivo que nos dice Kant de la razón humana es que es «arquitectónica por naturaleza». Entre ambas analogías media un abismo de pensamiento que la propia noción de arquitectura también puede esclarecer y abarcar. A fin de cuentas, la primera aparición literal de la «conciencia moderna» en la filosofía, acontece en el «Discurso del método» en forma de un «ingeniero» diseñando «según su fantasía» una ciudad en una llanura. La imbricación entre teoría y arquitectura es, pues, uno de los temas con más enjundia en los que puede enredarse un humanista.

Pese a ello, en el panorama del pensamiento español, son muy escasos los trabajos verdaderamente interdisciplinares que se atreven a conectar la filosofía con algún otro ámbito de las humanidades. Cuando los hay, son con más frecuencia obra de profesionales de estos otros ámbitos metidos a filósofos que de filósofos dispuestos a arrostrar con buen ánimo una excursión por las afueras de su demar-

cación académica. El gremio de la lechuza de minerva, en efecto, no siempre contempla con benevolencia cualquiera de estas dos trasgresiones. Pues bien, es un mérito indiscutible de la obra que nos ocupa el haberse propuesto perpetrar ambas simultáneamente y sin rebozo. Abarca casi mil cuatrocientas páginas de una edición exquisitamente presentada. Entre ellas hay un buen centenar, el equivalente a un libro al uso, que toca cuestiones específicamente estéticas: la mimesis, lo sublime, el juicio de gusto, etc, teniendo siempre a la mano el discurso que dejaron escrito o manejaron quienes edificaron España en el siglo XVIII. En las páginas restantes se aportan las orientaciones, los criterios, los principios más generales que guiaron el quehacer de estas personas. Las consideraciones más abstractas de unos profesionales que, de soslayo o con franqueza, terminaban por hacer a menudo teoría de lo bello. Se trata de una ingente y diversa, casi abrumadora cantidad de datos que el trabajo minucioso y exhaustivo de los profesores Francisco José León Tello y M.<sup>a</sup> Virginia Sanz trae a la luz.

Trascribimos a continuación los epígrafes fundamentales de su índice. I: fuentes. II: principios estéticos de la arquitectura. III: teoría de la percepción estética y de los estilos. IV: teoría del arquitecto. V: materiales y herramientas. VI: teoría de la construcción. VII: sociología de la construcción. VIII: teoría de los órdenes. IX: teoría de la ornamentación. X: arquitectura civil. XI: arquitectura religiosa. XII: arquitectura militar y arquitectura hidráulica. XIII: teoría del urbanismo. No se trata, pues, como se ve, de una obra para leer, es una obra para usar, una herramienta de trabajo cuyo principal interés dependerá del que nos acerque a ella.

Sirvan algunas muestras. El estudioso de la teoría política no podrá pasar por alto consejos tan precisos como este contenido en cierto tratado: «Cuando por adorno se erige una pirámide debe ser de grande elevación, y nunca serán dos, pues el origen de las pirámides es servir de monumentos que expresan la gloria del soberano cuya potestad es única.» (p. 1261). El vínculo esotérico entre arquitectura y pensamiento encontrará referencias tan sustanciosas como la de esta obra del polifacético Juan Caramuel titulada: «Arquitectura civil recta y oblicua. Considerada y dibujada en el templo de Jerusalén. Erigido en el monte de Moria por el Rey Salomón. Destruído por Nabucodonosor rey de Babilonia. Reedificado por Zorobabel nieto de los Reyes Indios. Y restaurado por Herodes. Y últimamente convertido en cenizas por los soldados de Tito, hijo de Vespasiano, emperador. Promovida a suma perfección en el templo y palacio de San Lorenzo, cerca del Escorial. Que inventó con su divino ingenio, delineó y dibujó con su real mano, y con excesivos gastos empleando los mejores arquitectos de Europa erigió el Rey Don Felipe II.» (p. 49) ¿Cómo no quedar fascinados por títulos como éste? ¿Cómo no pararse a meditar que la más clara contribución urbanística española: nuestras plazas mayores, sigue dejando perplejo al urbanismo europeo con su total desprecio de las grandes perspectivas, su emplazamiento entre un marasmo de callejuelas irregulares y su frecuente distanciamiento de catedrales y palacios? ¿Cómo olvidar que en España hay sólo seis grandes jardines: la Alhambra, el Alcázar de Sevilla, El Escorial, Aranjuez, el Retiro y la Granja, pero millares de jardines domésticos concebidos como otra estancia más de la propia vivienda antes que como un paisaje en torno a ella? ¿Hablaemos de nuestro sentido del estado, de la propiedad, de la naturaleza o de la perspectiva pasando por alto todas estas cosas?

Es por esta razón por la que estamos convencidos de que la principal aportación teórica de la obra no reside en aquellos pasajes que conciernen directamente a la filosofía sino en aquellos otros que, aferrándose a la materia y la labor constructora, ejemplifican y suscitan el tránsito de la edificación a la especulación. Cómo se recibieran las teorías estéticas de Kant por los tratadistas españoles del momento, los criterios arquitectónicos de Feijoo, cómo se transformara el concepto de *mímensis* en el clasicismo o cuales fueran los tres géneros de lo sublime según el Marqués de Ureña son algunas de las cuestiones específicamente filosóficas tratadas. Ninguna de ellas por separado ni todas en su conjunto consiguen hacerse con el protagonismo filosófico de este trabajo. Un trabajo que si algo transmite con viveza al pensador es el exacto lugar en el que la especulación se sitúa en el horizonte intelectual del arquitecto. Y es en este horizonte intelectual en el que la obra quiere asentarse y desde el que moviliza su repertorio de fuentes de primera mano. Toda una legión de arquitectos e ingenieros cuyas palabras y trazos contienen informaciones valiosísimas a la hora de meditar sobre su labor y sobre el significado de su obra.

De este valor específico que la obra recoge podrá dar buena cuenta, para finalizar, el ejemplo siguiente. En el momento de escribir esta reseña nos encontramos trabajando sobre la figura del ingeniero y su significado cultural. No nos interesan, pues, ni la *mímesis*, ni lo sublime, ni el juicio del gusto. Con todo hay sobre nuestra mesa no menos de veinte referencias sacadas de la obra que contienen otras tantas valiosas alusiones al asunto. Tratan sobre la teoría del urbanismo, —término que a comienzos de siglo todavía se recogía en los diccionarios como «partidario del Papa Urbano»—, sobre los actos de invención técnica y estética, o sobre la percepción del ingeniero que se tiene en el siglo XVIII. Por ser más precisos, nos ha interesado saber, a propósito de esta última, que se percibe al ingeniero como alguien ajeno al oficio concreto en cuya materia interviene: cordelería, carpintería, forja, minería etc, y, por tanto, a cualquier oficio en general. Que su labor se concibe, más bien, como la de aplicar «la ciencia» moderna a un proceso por encargo del gremio correspondiente sin ubicarse él mismo, a diferencia del arquitecto, en ningún gremio. Esta distinción radical entre arquitecto e ingeniero, esta revelación de que el ingeniero en el XVIII no es genuino «homo faber», hubiera permanecido nebulosa y sólo entrevista para nosotros de no ser por esos textos de arquitectos e ingenieros metidos a especular sobre su oficio que sólo obras como la presente pueden proporcionar al investigador.

Se trata, pues, de un libro para investigadores, de una respetuosa e inteligente recopilación de materiales que, sin duda, nos pone en el buen camino para paliar ese defecto de obras verdaderamente interdisciplinares al que antes aludíamos. Estas son las palabras con las que da comienzo la obra: «El hombre crea el arte y reflexiona sobre el arte. El teórico descubre y sistematiza las reglas implícitas en las obras, el filósofo los principios estéticos. El tratadista abstrae y ordena la técnica, facilita la transmisión de saberes y experiencias y establece una vía pedagógica que apoya la docencia oral y directa del maestro». Si hemos de atender a estas palabras es indudable que nos encontramos ante un magnífico tratado así como ante una valiosa contribución, desde el mundo de la filosofía, al de la teoría arquitectónica.